

"Mira que te diga...", presentado bajo el seudónimo "Caligráfica":

Después de un año anhelando y temiendo la llegada de ese día, por fin llegó. Era, 27 de abril, las calles se disfrazaron con cruces y medias lunas, los balcones se vistieron con la bandera del municipio y nuestra patrona, la Virgen de la Cabeza, protagonizaría las batallas entre las dos culturas, musulmana y cristiana, y nos acompañaría en todos los bailes.

He vivido esta tradición desde que estaba en el vientre de mi madre, cavilaba mirando pasmada la foto que daba fe de ello. En la foto, mi padre vestía un jubón de manga larga, capucha y leotardos confeccionados gris plata, una túnica color hueso con cintas rojas en zigzag y en el pecho una cruz carmesí, como buen cristiano. Mi madre lucía su voluminoso vientre maternal ataviada como una mora de la morería: con un pantalón bombacho verde lima de caída hasta media espinilla, sobre este una faja blanca ricamente bordada y una capucha rematada con borla y ribeteada de galán. Cada uno en un bando y los dos unidos por un amor que daba su primer fruto, yo. Este detalle me recordó una de las leyendas que mi madre me explicaba para que me durmiera. La que narra la historia de tres princesas moras que se hallaban confinadas en el castillo de Salobreña y que se enamoraron de tres príncipes españoles cautivos, de como comunicándose con ellos a través de flores y canciones hicieron posible un amor prohibido. Es una suerte que en estos tiempos el amor sea libre, ya que nunca ha entendido ni de razas ni de géneros ni de linajes. Estos pensamientos tan románticos se vieron interrumpidos por los gritos de mi hermana ¡Vamos Ana, el volteo de campanas está a punto de empezar! Por muy rápido que intenté salir de la habitación, tropecé con todos los muebles, hasta con el marco de la puerta. ¡Qué nervios, qué impotencia! Maldije mi torpeza y mi mala suerte, decidí no hacer un drama, pues me había propuesto que fuese un día feliz.

Mi hermana corría a toda pastilla, empujaba fuerte, pero yo llegué medio metro antes que ella, recuerdo que bromeé sobre ello antes de que nos uniéramos al gentío que abarrotaba la plaza. Recuperamos el aliento tras la carrera mientras mirábamos al cielo y disfrutábamos de los bonitos colores de los cohetes que daban la bienvenida a esta gran festividad. Se daban por inauguradas las fiestas de moros y cristianos de Benamaurel, las de mayor contenido literario de toda España, con lo que a mí me gusta la lectura, no podía haber nacido en mejor lugar.

Salió el bando moro rumbo al puente de los Salitres, compuesto por valientes caballeros al mando del capitán moro que empuñaba su cimitarra con determinación, todos dispuestos a arrebatarse a los cristianos su más preciado tesoro, la Virgen de la Cabeza, con su dorado manto. Automáticamente, pensé en Tariq, el general almohade de las tropas musulmanas que, aprovechando la fragilidad del reino visigodo, cruzaba Gibraltar preparado para expulsar al rey de sus tierras y arrebatarse su reino, Hispania. Lo imaginé adueñándose del territorio que sus pies pisaban. Sentí la excitación que debió recorrer su cuerpo al haber llegado hasta ahí, la adrenalina antes de la batalla, la presión en el pecho antes de enfrentarse al momento decisivo: encontrarse cara a cara con su enemigo. Sentí incluso el miedo que intentaba reprimir y disimular, miedo a fracasar y a regresar convertido en perdedor o simplemente a no volver, y no ver más a su hijo Yusuf, ni a su esposa, miedo a estar llevando a sus hombres a una muerte segura para desgracia y vergüenza de sus familias.

La comparsa llegó a su destino donde encontró a un ejército de cristianos dispuestos a luchar hasta su último aliento por su querida Virgen. Aquello que en Benamaurel conocemos como el cautiverio de la imagen, la primera parte del auto sacramental "Los papeles", debió de ser lo más parecido a la batalla de Guadalete. En aquel momento Don Rodrigo agonizaba sollozante entre lágrimas y gemidos de dolor y frustración por haber perdido su reino, mientras Tariq, jubiloso, se proclamaba orgulloso vencedor al ver la sangre del antiguo rey derramada a orillas del río que corría hacia el mar imperturbable. Entonces Hispania fue renombrada por los califas como Al-Ándalus. Tierra de prosperidad y expansión para los musulmanes, un crecimiento que no tardó en ser detenido por Don Pelayo, un noble godo.

Harto de pagar abusivos impuestos a aquellos que habían invadido su patria y robado

las tierras a su familia, reunió un ejército de godos en un lugar estratégico en el angosto valle de Cangas, entre los macizos que forman los Picos de Europa, cuyo fondo cierra el monte Auseva. Alkama entró en Asturias con su ejército dispuesto a luchar por lo que ahora era suyo y ordenó que se iniciara el combate, fue entonces cuando los soldados se sirvieron de hondas, rugieron los fundibulos, chispearon las espadas mientras danzaban al son del chischás, se encorajinaron las lanzas y las saetas surcaron el cielo incesantemente. Los cuerpos de los moriscos caían sin vida uno tras otro, dejando un reguero de sangre y desesperación. En tanto en cuanto la fuerza de los godos cada vez era mayor. Finalmente, el ejército musulmán se retiró impotente, por primera vez tras la conquista alguien les había plantado cara, la semilla del miedo germinaba en sus corazones. Don Pelayo, sin embargo, salió triunfante de su cueva y henchido de gozo se alzó victorioso al ver el campo de batalla cubierto de los cadáveres de sus enemigos. Habían ganado la que hoy conocemos como batalla de Covadonga, la España de Cristo renacía y así consta en una inscripción sobre bloques de piedra duros como los soldados de Don Pelayo. Los godos que sobrevivieron a la batalla formaron el reino de Astur, al noroeste de la península, y fueron aumentando sus territorios lentamente gracias a sus conquistas. Cuando recuperaron León en una de sus batallas, sus dominios pasaron a llamarse reino de León. Era el principio de un gran final.

Más tarde se conformaron los condados de Portugal y Castilla, que no tardaron en convertirse en reinos. Por último se formó la corona de Aragón, que unía el reino de Aragón y el condado de Barcelona. Contrariamente, el emirato andalusí, se destruía así mismo inmerso en una guerra civil. Creándose así diferentes señoríos, los denominados reinos de taifas. Los reinos cristianos, alentados por la esperanza, unían fuerzas aterrorizando así a los musulmanes que eran conscientes de que podían perder la península. Por lo que decidieron pedir ayuda al Magreb, que respondió enviando refuerzos bereberes, brindándoles la última oportunidad antes de la reconquista. Los cristianos no se acobardaron, creían en sí mismos, en la posibilidad de doblegar al enemigo y de recuperar su amada tierra. Así pues, los reinos de Navarra, Castilla y Aragón liderados por el rey Alfonso VIII, servidos de armas y armados de valor, formaron un gran ejército. No por el número de combatientes, ya que los moros doblaban sus fuerzas armadas. Sino por el noble propósito de expulsar a los invasores. El amor por la patria, del cual los moros carecían, les encorajinaba. Los tres reinos cristianos luchaban con el corazón, de manera apasionada y feroz, mas los musulmanes, movidos por la avaricia y el orgullo, apenas conseguían reunir fuerzas para defenderse y no ser vilmente humillados. Trabose la batalla de Navas de Tolosa bajo un sol de justicia jaenés en pleno mes de julio. Los cristianos arrasaron la primera línea de tropas musulmanas, el resto del batallón aparentemente huyó despavorido, no era más que una maniobra astuta de su líder, Miramamolín. Justo cuando los cristianos estaban a punto de cantar victoria, los musulmanes contraatacaron. Su estrategia era aprovechar que les superaban en número para rodear a la milicia cristiana, estrechando así el campo de batalla mientras les azotaba una tormenta de flechas almohades. Todo esfuerzo fue inútil, en vano gestó su jugarreta Miramamolín, creyéndose el más sagaz militar. Alfonso VIII fue más taimado, supo desgastar a los musulmanes durante horas y en el momento de mayor decadencia, desenvainó la caballería pesada. Los almohades cayeron y fueron perseguidos durante más de veinte kilómetros mientras huían a Jaén, dejando atrás un botín de guerra que, según cuenta la leyenda, contenía el famoso pendón de Navas de Tolosa, del que se apoderaron los cristianos. Pero ese glorioso día no solo ganaron un legendario botín; ese glorioso día, las tropas del rey Alfonso habían iniciado el final del imperio musulmán.

Después de ver a mis vecinos desfilar incansablemente durante horas por las calles del pueblo, de compartir risas mientras comíamos reunidos en la plaza mayor, de admirar a las reinas y a sus escuadras que entraban a la Cañada y de celebrar el corte de cinta que daba comienzo a los desfiles. Me encontraba sentada en la iglesia, era el turno de la novena en honor a la Virgen de la Cabeza. Observaba a mi alrededor, la iglesia estaba atestada. Entonces, una vez más, reflexioné acerca de la festividad donde cada uno de los bandos luchaba por ensalzar a su patrona, a la que rendían culto. Del mismo modo que los cristianos lucharon por recuperar a la suya, que no era una Virgen, sino una península y su religión. En aquel momento no pude evitar nuevamente recordar lo que cuentan los libros de historia sobre la conquista y la reconquista.

Aunque el imperio musulmán se encontraba en decadencia y escaso de soluciones, Alhamar, un moro adinerado, mandó construir una maravilla arquitectónica, una fortificación que se convirtiera en último bastión del imperio. La Alhambra. Lucero de la noche granadina, guardiana sobre el valle del Darro. Cuyos vastos muros rojizos le dieron nombre. Dividida en la Alcazaba; cuartel de la guardia real y la medina o ciudad palatina; morada de sultanes, nobles y plebeyos. Sus extraordinarias torres parecían tantear el cielo, insolentes, orgullosas, obstinadas... desafiando al enemigo. Se convirtió en discreta confidente de amoríos entre ricos y pobres, entre moras y cristianos. El agua fluía por los canales como la sangre por las venas y brotaba por las fuentes juguetona, cual amante apasionada para languidecer en albercas como la del patio de los arrayanes. Su majestuosidad alcanzó el máximo esplendor cuando se construyeron los palacios nazaríes, en aquellas estancias susurraba la belleza más exquisita. La sensible caricia del fresco aroma que provenía de los jardines exteriores se colaba por las ventanas deslumbrando el corazón. Convirtiendo el lugar en un placer para los cinco sentidos y, por tanto, en una joya que cualquier ser humano querría poseer. La Alhambra, divina por los cuatro "costaos" no se iba a arrugar por el tiempo ni se iba a rendir ante su dueño. Igual que nuestra Virgen. Oí a mi padre gritar: ¡Pronto recuperaremos a nuestra Virgen! Y se me aceleró el corazón emocionada. Igual que los soldados de Ortega de Prado se envalentonaban al grito de "¡Santiago y cierra, España!" que vociferaban los altos cargos al despuntar el alba tras una fría noche de febrero, dirigiéndose a la toma de Alhama, a sabiendas de que la harían suya e iniciando la legendaria Guerra de Granada. Tras la encarnizada contienda, mientras Muley Hacén, el rey granadino, era maldecido por su pueblo tras haber sufrido su mayor derrota, los Reyes Católicos celebraban con regocijo su victoria.

Unida la pareja como mente y martillo, formaban un dúo invencible, por ello, aunque Muley Hacén furioso por haber sido humillado ante sus súbditos, quiso retomar la Alhama, volvió a fracasar y sumó otro intento fallido que mandó a los soldados musulmanes a la muerte, proclamando al rey granadino como perdedor por segunda vez ante los Reyes Católicos. Ese día Muley Hacén, ridiculizado por segunda vez ante los mismos adversarios, perdió el combate, la dignidad y la esperanza. Una esperanza que en Benamaurel, el bando cristiano, demostraba no haber perdido, porque aun habiendo sido derrotados en el puente de los salitres, las comparsas Cristianas seguían bailando por las calles sabiendo que el destino les devolvería a su querida Virgen. Del mismo modo que los Cristianos, que aun habiendo fracasado en el primer ataque a Loja, no se rindieron, el descalabro les alentó a atacar con mayor intensidad y continuidad, haciendo rendir a sus pies las ciudades de Ronda, Marbella, Loja, Málaga... Mientras tanto, el Zagal, emir de Granada, acababa de destronar a su hermano, Muley Hacén y de expulsar a su sobrino, Boabdil, de las tierras que ocupaba. Fue entonces cuando Boabdil, aún atemorizado porque ya conocía la fuerza de sus enemigos, se vio forzado a recuperar la imagen de guerrero islámico que había perdido tras intentar tomar Lucena sin éxito, quedando prisionero y pagando su libertad con una alianza que le obligaba a pagar tributos a los Cristianos. Atacó entonces de nuevo a estos y la historia se contó de la misma manera, pues Boabdil fue encarcelado de nuevo, sin embargo, esto no le fue del todo desfavorecedor, ya que al sellar un nuevo pacto con los Reyes Católicos, le pudo otorgar algunos territorios al Zagal que quedó bastante complacido.

El desgaste de la epidemia que invadió Andalucía, sumada al cansancio provocado por tantos años de lucha, ralentizó la guerra y le otorgó tiempo a Boabdil. Y aunque siempre han dicho que el tiempo es capaz de sanar las heridas, todo aquel tiempo que les podría haber servido para recuperar fuerzas y atacar con vehemencia, tan solo les debilitó. Ya que después de que el Zagal se rindiese ante los Reyes Católicos y pasase a su servicio, Granada quedó totalmente aislada. Boabdil, quien veía a su pueblo morir de hambre y pasar penurias, decidió rendirse ante los reyes Católicos.

El dos de enero de 1492, cabalgaban Isabel y Fernando satisfechos hacia el conocido "jardín de la reina", donde habían pactado con Boabdil que se les entregarían las llaves de la ciudad de Granada. El aire frío les azotaba en la cara y los hacía sentir más vivos que nunca. Por fin había llegado tan esperado día, porque después de diez años de combatir incansables, después de haber cavilado, durante horas, elaborando estrategias para derrotar al enemigo, después de mil pactos, después de que la sangre

de ambas razas se hubiese derramado por la península... los Cristianos iban a recuperar la totalidad de su tierra. En ese mismo momento, el rey Boabdil y su familia, escoltados por la luna y las estrellas, salían en secreto de la ciudad. Boabdil tenía el corazón partido. Intentaba mantener la compostura delante de su familia, que lo miraba sumida en la vergüenza más profunda, puesto que al rendirse había deshonrado a todos aquellos que perdieron su vida defendiendo Al-Ándalus, a sus fieros antepasados e incluso a Alá. Las historias esculpidas en los zócalos y alacenas de los Palacios Nazaríes hablarían de glorias ajenas para él, el dolor que sus hermanos padecieron durante los diez años que duró la guerra de Granada había sido en balde, tras rendirse todo parecía un sin sentido.

Boabdil llegó al lugar donde se habían citado y divisó la figura de los dos reyes. ¡Oh, cuanta envidia sintió! Se puso delante de ellos e hizo el amago de apearse del caballo, mas Fernando le detuvo. Por su noble naturaleza, humillarlo no haría que se sintiera mejor, no era menester hundirlo más en la miseria, puesto que él ya había conseguido lo que quería, lo que hacía feliz a los suyos, ganar.

La mano afectuosa del cristiano triunfador sobre el brazo del árabe derrotado, selló la paz. Boabdil apesadumbrado, entregó las llaves de Granada a los nuevos dueños, mientras les deseaba buena suerte. Con el corazón en la mano, pues ya sólo eso le quedaba por muy roto que estuviera, les pidió que cuidaran y amaran esa ciudad tanto como él lo había hecho, tanto como para renunciar a ella y no verla llorar más sangre. No hay amor más grande que el generoso que renuncia a su amada para no verla sufrir más. Los Reyes Católicos prometieron hacerlo.

Si algo está claro es que en Benamaurel no recuperaron a la Virgen de la Cabeza con tanto pacifismo. Mientras la comparsa mora trasladaba la Imagen, los Cristianos los atraparon y comenzaron a pelearla como leones. Aunque ya sabíamos como acabaría esa lucha, fue un momento realmente emocionante, gracias a los actores que le daban vida al acto. Mis ojos iban de un lado a otro raudos, no me daba el lujo ni de pestañear, las espadas de mentira chocaban continuamente, recuerdo que Antonio, el vecino de al lado, que interpretaba a un Cristiano, gritó: ¡Ríndete perro a mi brazo! Y Cecilio, el panadero, representando al moro con el que se batía, respondió feroz ¡Ríndete tú a mi braveza! Finalmente, Antonio consiguió herir a su contrincante, los Cristianos se alzaron victoriosos y todo el pueblo aplaudió ¡La Virgen de la Cabeza volvía a ser nuestra! Nos dirigimos entonces al templo parroquial donde se procedió al relevo de Insignias y reconocimiento a salientes.

En el camino me imaginé a los Reyes Católicos y a su ejército, marchando estoicos, complacidos, victoriosos, llenos de dicha, dispuestos a cruzar las puertas de la Alhambra. La joya más valiosa de Granada los acogió impávida y complaciente; dejó que tomaran sus patios, que se reunieran en sus salones, que se acomodaran en sus habitaciones y se asomaran a sus torres y en la más alta, en la torre de la Vela, alzaron la Santa Cruz. Con el fin de que así, el mundo pudiera ver que esa tierra ya era Cristiana, que en adelante se rezaría a Jesucristo, a la Virgen y a todos los Santos.

En tanto que los Cristianos celebraban su victoria, Boabdil antes de emprender su camino hacia el exilio miró atrás, observó por última vez la ciudad que había perdido, pero por la cual había luchado hasta el último aliento. Observó a su señora Alhambra, llena de recuerdos de sus antecesores y suyos propios. No se pudo reprimir más. Por sus mejillas color canela, curtidas en la batalla, rodó una lágrima y otra, y así ininterrumpidamente. Se le cayeron los hombros dejando colgar los brazos como sogas que penden de una rama, se le encorvó el espinazo menguando su estatura, se le aflojaron los músculos de las piernas convirtiéndolas en gelatina y cayó abatido al suelo entre sollozos. Se acercó entonces su madre, que le reprendió con dureza y sin piedad alguna: "Llora, llora como una mujer, lo que no has sabido defender como un hombre."

Aquel año, cielo mío, fue la primera vez que tuve que ver la festividad desde fuera. Después de toda una vida participando en las comparsas, habiendo tenido el honor de ser reina mora, de haber cortado la cinta junto al señor alcalde... Me di cuenta de que

ya no volvería a vivir la celebración de la misma manera. El accidente no solamente me arrebató la capacidad de caminar, de mantenerme en pie, de ser independiente y autosuficiente, también me robó esta tradición. Postrada en aquella silla, no le veía mucho sentido a mi vida, creía que me quedaría sola, que nunca llegaría a tener pareja e hijos. Estaba destrozada por dentro y por fuera. Las semanas anteriores a la fiesta fueron una pesadilla para mí, lloraba desconsolada cada dos por tres. Pasaba los días como un alma en pena por la casa viendo a toda mi familia ultimar detalles, pensaba que no participar activamente en la fiesta provocaría que no la viviera con la misma emoción. Tenía razón, con la misma no la viví. Fue muy diferente, pero no por ello, aflojó la intensidad. A última hora decidí tomármelo de otra manera. Una silla de ruedas no puede robarte tantas cosas, debía sentirme afortunada, estaba viva. Rubén murió en el acto, él no tenía ni la oportunidad de ser espectador como yo ese año. La esperanza y la ilusión prendieron en mi interior tímidas y titilantes. El hecho de ver los toros desde la barrera me brindó la posibilidad de analizar la historia en la que se basaban los actos, acaecida varios siglos atrás. Y al hacerlo me di cuenta de que debía luchar como hicieron los cristianos para recuperar todo lo que aquel accidente me había arrebatado, tenía que ser tan terca como ellos, tan valiente y constante, así que al año siguiente decidí volver a participar, siendo la primera parapléjica que participaba en una comparsa. El año de mi regreso fue el que más disfruté la fiesta, desde entonces la viví con más afección que nunca, con más sentimiento.

Así pues... este sábado, cuando entres a la Cañada como reina, te pido que vivas la fiesta todo lo que puedas. Me gustaría que sintieses la adrenalina, ese nudo en el estómago que se forma con los nervios, que vivas la alegría, pero también que te sientas orgullosa, protagonista de una historia con más de mil años. Quiero que la revivas, como lo hice yo ese fatídico año, que recuerdes lo que hoy te he explicado. Que la fiesta está arraigada a la historia, y eso la hace más bella, más interesante y mucho más emocionante. Y lo más importante que nosotros, los seres humanos hacemos historia. Mi nieta me prometió que así sería, que en cada momento se sentiría como un personaje diferente, a veces como Tariq, otras como Isabel, incluso como Boabdil. ¡Qué bonita era mi nieta, qué mocita estaba ya! La arropé y le di un beso en la frente. Aposentada como siempre en mi silla de ruedas, que tanto había maldecido, pero que se había convertido en mi trono, observé a mi pequeña que dormía plácidamente. Se me hinchó el corazón como a Isabel la Católica se le debió hinchar al pisar la Alhambra por primera vez, mañana iba a ser un gran día para ella, para sus padres, para mí. Me siento tan orgullosa... como si hubiera ganado la guerra.